



SUMARIO

TEMA DEL DIA

Pág.

LA JUSTICIA COMO VIRTUD

1

Morlans Molina M.

PENSAMIENTO ACTUAL

ELOGIO DE LA CURIOSIDAD

19

Medrano Albéniz J.

LA CONTRIBUCIÓN DE LOS HUMANISTAS EN LA FORMACIÓN MÉDICA: MARAÑÓN, ORTEGA Y UNAMUNO (PARTE II)

26

González Blasco P.

ARTE, SALUD Y SOCIEDAD

LA PROFESIÓN VA POR DENTRO. REFLEXIONES DE VIDA PROFESIONAL

59

Sobrino López A.

PRIMERA GUARDIA EN NEUROLOGÍA

71

Barreiro Chancay PI.

Codirectores

Marc Antoni Broggi i Trias (PCBC)
Alexandra Albarracín Castillo

Responsable de Redacción

Beatriz Gutiérrez Muñoz

Consejo Editorial

Francesc Borrell-Carrió
Juan Carlos Hernández Clemente
Juan Medrano Albéniz
Vicente Morales Hidalgo

Correspondencia

Web:

<http://www.fundacionletamendi.com>

Correo electrónico:

info@fundacionletamendi.com

Envío de manuscritos:

[http://www.fundacionletamendi.com/revista-fo-
liahumanistica/envio-de-manuscritos/](http://www.fundacionletamendi.com/revista-fo-
liahumanistica/envio-de-manuscritos/)

Información editorial

Folia Humanística publica artículos por encargo solicitados a especialistas, así como aquellas propuestas enviadas por los autores y aceptadas tras su evaluación por pares de académicos especializados.

Los textos recibidos se publicarán en la lengua original (castellano, catalán, inglés y francés); los que se consideren de relevancia mayor serán traducidos al inglés y castellano.

Los artículos deben ser originales y acompañados del documento "derechos de autor" que encontrarán en la web, junto a las normas de presentación a seguir.

Cada artículo publicado al final tendrá especificado la referencia de citación, donde se incluirá el número DOI ®.

Distribución

La Revista *Folia Humanística* es de libre acceso a consultar online.

<http://www.fundacionletamendi.com/category/revista/>

Folia Humanística es una revista internacional que tiene el doble objetivo de fomentar, por un lado, la reflexión y el debate público en el ámbito de la Salud, Ciencias Sociales y Humanidades, y por el otro, la colaboración entre distintos equipos de investigación nacionales e internacionales que dinamicen el diálogo entre la filosofía de la medicina, la salud pública y la justicia social. Dividida en "Tema del día", (artículos para el debate), "Pensamiento actual", (artículos críticos de novedades editoriales), y "Arte, Salud y Sociedad", la revista se esfuerza en fortalecer las conexiones entre la investigación académica, la práctica clínica, las experiencias de los pacientes y sus implicaciones éticas y estéticas en la sociedad. Todo ello con la intención de favorecer la reflexión entre diferentes disciplinas sobre temas de actualidad y las tendencias más novedosas en el campo de las Humanidades y la Salud.

Folia Humanística is an International Journal, born with the dual aim of fuelling the discussion and public debate on issues of health, social sciences and humanities and on the hand, of fostering cooperation between various research groups, both national and International, to spur the dialogue between philosophy and medicine, public health and social justice. The Journal is divided into three different sections: "main focus" (article for debate), "Contemporary thought" (critical reviews of new Publications) and "Arts, Health and Society" which all contribute to strengthening the links between academic research, clinical practice, the experience of patients and their ethical and esthetical implications for society. Ultimately, the intention of the Journal is to promote reflection at the crossroads of several disciplines on topical issues and new trends in humanities and health.

LA CONTRIBUCIÓN DE LOS HUMANISTAS EN LA FORMACIÓN MÉDICA. MARAÑÓN, ORTEGA Y UNAMUNO (Parte II)

González Blasco P.

Resumen: En esta segunda parte, el autor reflexiona a la luz de los Humanistas (Marañón, Ortega y Unamuno) para esbozar las virtudes que el médico debe tratar de adquirir para construirse como profesional y esculpir la imagen del médico bien formado, del humanista, del artista científico. Así, se aborda el tema de la formación cultural, la prudencia y el sentido común, la sobriedad, sencillez y solidaridad. La necesidad de comprender al otro, escucharle, así como la dedicación, que se traduce en trabajo abnegado, configuran la conciencia de misión. Parte integrante de la construcción de la personalidad es la forja del carácter, el entusiasmo que se demuestra en la convicción profesional, así como la exigencia ética, el deber que libremente nos imponemos. En la parte final, se aborda el papel de la Academia en la Formación Médica a la luz de una conferencia de Ortega hace 100 años: ¿Cuál es la misión de la Universidad? ¿Cuál debería ser la esencia de la educación que allí se ofrece? La misión de la Universidad es formar profesionales capaces de sobrevivir en el mundo, y corresponder a la responsabilidad que de ellos se espera. Por tanto, es necesario pensar en dónde y cómo invertir el tiempo disponible, para enseñar lo que un médico no puede dejar de saber. En definitiva, un problema de gestión racional de los recursos para aprovechar el escaso tiempo de que se dispone para formar un médico en la Universidad.

Palabras clave: *Virtudes del médico, Profesionalismo, Práctica reflexiva, Humanismo, Ortega, Marañón, Unamuno, Academia, Proceso formativo.*

Abstract: THE CONTRIBUTION OF HUMANISTS TO MEDICAL EDUCATION: MARAÑÓN, ORTEGA AND UNAMUNO (PART II)

In this second part, the author reflects portraying the Humanists (Marañón, Ortega and Unamuno) to outline the virtues that the doctor must try to acquire to build himself as a professional and sculpt the image of the well-trained, humanist doctor, of the scientific artist. Thus, he addresses the issue of cultural training, prudence and common sense, sobriety, simplicity, and solidarity. The need to understand others, listen to them, as well as dedication, which translates into selfless work, make up the consciousness of mission. An integral part of the construction of personality is the forging of character, the enthusiasm that is demonstrated in professional conviction, as well as the ethical demand, the duty that we freely impose on ourselves. In the final part, the role of the Academy in Medical Training is addressed in light of a conference by Ortega, 100 years ago: What is the mission of the University? What should be the essence of the education offered there? The mission of the University is to train professionals capable of surviving in the world and corresponding to the responsibility expected of them. Therefore, it is necessary to think about where and how to invest the available time, to teach what a doctor cannot help but know. In short, a problem of rational management of resources to take advantage of the limited time available to train a doctor at the University.

Key words: *Virtues of the doctor, Professionalism, Reflective practice, Humanism, Ortega, Marañón, Unamuno, Academy, Training process.*

Artículo recibido: 29 febrero 2024; aceptado: 1 marzo 2024.

El hombre que anula a sus instintos es porque los tiene tan miserables que no vale la pena de que se enorgullezca de su victoria ni de que nadie le tome como ejemplo. No creo en la virtud de los hombres fríos ni en la de los débiles. Lo ejemplar es tener viva la llama del instinto y vivir en rebeldía perpetua contra ella.

Gregorio Marañón (1)

Aprendered, pues, a preferir la gente poco ruidosa, que hace al margen de los honores y las pomposidades una vida honesta y diligente, no porque valgan mucho, sino porque esos hombres, a falta de más geniales cualidades, dejarán a su paso por donde vayan una estela humilde pero severa y respetable, porque exentos de gloriosos talentos habrán puesto en su labor sus cinco sentidos y encima, como un acento, su corazón.

José Ortega y Gasset (2)

Lo pasado, pasado. Si, para los que viven en el tiempo fugitivo, para los que pasan por su carrera como un móvil por su trayectoria, como la tierra por su órbita, perdiendo la pasada posición en cada posición nueva. Hay que vivir recogiendo el pasado, guardando la serie del tiempo, recibiendo el presente sobre el atesorado pasado, en verdadero progreso, no en mero proceso.

Miguel de Unamuno (3)

CONSTRUYENDO EL MÉDICO HUMANISTA: PERFIL Y VIRTUDES

Es difícil hablar de arte médico y aún más difícil enseñar a ser artista. Se puede estudiar la musicalidad verbal, la métrica poética y los tipos de rima, pero el virtuosismo en la interpretación o la inspiración poética requiere algo más que una simple teoría. Lo mismo ocurre, análogamente, en la medicina, aunque, afortunadamente, el desempeño en este arte nuestro depende más del esfuerzo que de la inspiración. Parece, pues, más conveniente que esbozar el perfil del médico ideal, señalar, en forma de notas, a trazos de un cuadro impresionista, las virtudes que el/la médico/a debe tratar de adquirir. Y en esta búsqueda esforzada –que requiere autocrítica, compromiso y rectificación de rumbo a lo largo de la vida– el profesional podrá esculpir la imagen del médico bien formado, del artista científico.

La orientación intelectual.

La **formación cultural y universal** aparece como una necesidad. Es natural que, siendo la materia prima de la profesión médica el propio ser humano, todo lo que ayude a comprenderlo mejor se convierta en instrumento de trabajo. De ahí que el médico no debe limitarse a conocer sólo medicina; debe buscar un conocimiento amplio, universal, un talante universitario en su propia vida. Hay que tener cuidado con una “polarización patológica” en materia médica que monopoliza la vida, haciéndonos perder la perspectiva de la totalidad. Sin duda, el médico debe mantenerse al día, pero es necesario sopesar lentamente, sin dejarse llevar por obsesiones excesivas para engordar el Currículum a cualquier precio. Esto es común durante los estudios universitarios; y, siendo saludable, debe ir acompañado de un compromiso equivalente con el crecimiento de la formación humanística y cultural, produciendo un correcto equilibrio. No queremos decir que el médico tenga que saberlo todo, lo cual es imposible; sino más bien, que el interés cultural esté siempre vivo, y que no considere estos elementos como algo ajeno a la profesión. El humanismo para el médico no es un adorno, sino una herramienta de trabajo.

Sobre este particular escribe Marañón con una claridad que provoca vértigo: *“Un hombre de ciencia que sólo es hombre de ciencia, como un profesional que sólo conoce su profesión, puede ser infinitamente útil en su disciplina; pero ¡cuidado con él! Si no tiene ideas más allá de esa disciplina, se convertirá irremisiblemente en un monstruo de engruimiento y de susceptibilidad, creará que su obra es el centro del universo y perderá el contacto generoso con la verdad ajena, y más aún con el ajeno error, que es el que más enseña, si lo sabemos acoger con gesto de humanidad. Como esas máquinas perforadoras que tienen que trabajar bajo un chorro de agua fría para no arder e inutilizarse. El pensamiento humano, localizado en una actividad única, acaba, por noble que esa actividad sea, abrasándose en vanidad y petulancia. Y ha menester, para que no ocurra así, del alivio de una vena permanente y fresca de preocupaciones universales. He aquí porque, a la larga, la mente humanista, aunque*

parece dispersa, tiene mucha mayor capacidad de penetración que la mente radicalmente especialista” (4).

De la necesidad cultural, los humanistas nos insisten, con tozudez continua. Escribe Ortega: *“Entendamos por cultura un sistema de actitudes ante la vida que tenga sentido, coherencia, eficacia. La vida es primeramente un conjunto de problemas esenciales a que el hombre responde con un conjunto de soluciones: la cultura” (5).* Una respuesta que hay que construir durante la vida misma, sin poder ignorarla: *“El intelecto no tiene más excitante, ni más gimnasias, ni más nutrimento que una peculiar y lujosa voluptuosidad por la verdad. Quien no sienta ese placer casi erótico de alargar la mano y palpar estremecido las formas deliciosas de una idea en que la realidad ha dejado impresas su seno y su mejilla, puede estar seguro de que a los treinta años se le parará la inteligencia” (2).* Alargar la mano, a base de libros, de lecturas, que alimentan el humanismo: *“La lectura, en su más noble forma, constituye un lujo espiritual: no es estudio, aprendizaje, adquisición de noticias útiles para la lucha social. Es un virtual aumento y dilatación que ofrecemos a nuestras germinaciones interiores; merced a ella conseguimos realizar lo que sólo como posibilidad latía en nosotros” (6).*

Cultura que es, insisto, el recurso para trabajar mejor, para cuidar mejor del enfermo, para enseñar mejor a los que se inician. Nunca una vanidad diletante, o erudición inútil y narcisista. *“El humanismo se parece, por fuera, al enciclopedismo; más sólo los cortos de vista los pueden confundir. No sólo no son la misma cosa, sino que en cierto sentido son cosas contrarias: en el sentido más profundo y definido de las dos actitudes. El enciclopedista quiere dar una apariencia de sabiduría a la multitud de sus datos. Al humanista, su saber, cuanto más vasto, más radicalmente le lleva a una conclusión modesta, pero transida de comprensiva ternura de su sabiduría ante la de los demás. Mide el enciclopedista su saber por el número de cosas que conoce. Al humanista no le importa saber mucho, sino sólo saber las cosas esenciales que son muy pocas, para comprender lo que no puede saberse, que es infinito. Aparte de su calidad, el saber del enciclopedista es expansivo, extrovertido. El del humanista,*

reconcentrado e introvertido. Aspira el enciclopedista a producir la admiración en los hombres. El humanista sólo pretende situarse, él mismo, ante su justo valor, y que los demás no le admiren, sino que aprendan. Huele el enciclopedista a catedrático; el humanista a maestro” (4).

Y viviendo lo que predicaba, Marañón rinde homenaje a Ortega, recién fallecido, con estas palabras que incluyen a ambos humanistas: *“La sabiduría consiste en saber lo que se sabe con profundidad y en comprender con profundidad lo que no se sabe” (7).*

Esta visión universal no concierne sólo a la cultura, sino a la visión misma de quién es el paciente. La especialización del médico, por razones de necesidad y eficacia, hace que en ocasiones profundicen en investigaciones muy específicas, pierdan el sentido común y no observen lo evidente en el paciente. El progreso científico debe ser adecuadamente asimilado, sin perder nunca de vista que el objeto de la acción médica es el paciente en su conjunto, como persona. No podemos confiar al progreso –frío, técnico, impersonal– la tarea de cuidar al paciente. La figura del médico es necesaria para “traducir” la ciencia impersonal en moldes humanistas, que deben aplicarse, con prudencia, a cada caso particular.

Es Ortega quien nos advierte contra el peligro del especialista. *“Es un hombre (el especialista) que, de todo lo que hay que saber para ser un personaje discreto, conoce sólo una ciencia determinada, y aun de esa ciencia sólo conoce bien la pequeña porción en que él es activo investigador. Llega a proclamar como una virtud el no enterarse de cuanto quede fuera del angosto paisaje que especialmente cultiva y llama "diletantismo" a la curiosidad por el conjunto del saber. (...) El especialista "sabe" muy bien su mínimo rincón de universo; pero ignora de raíz todo el resto (...) Porque antes los hombres podían dividirse, sencillamente, en sabios e ignorantes, en más o menos sabios y más o menos ignorantes. Pero el especialista no puede ser subsumido bajo ninguna de esas dos categorías. No es un sabio, porque ignora formalmente cuanto no entra en su especialidad; pero tampoco es un ignorante,*

porque es "un hombre de ciencia" y conoce muy bien su porciúncula de universo. Habremos de decir que es un sabio-ignorante, cosa sobremanera grave, pues significa que es un señor el cual se comportará en todas las cuestiones que ignora, no como un ignorante, sino con toda la petulancia de quien en su cuestión especial es un sabio" (8).

Educar el carácter.

Prudencia y sentido común: *"El médico debe juzgar, en cada caso, y hacer lo mejor posible por el paciente. Que no se engañe ni justifique la falta de acción porque no hay posibilidad de hacer lo que sería ideal. El médico debe hacer lo que pueda, con dedicación y sentido profesional, de manera científica y humanista, en permanente simbiosis. Los médicos parecen carecer cada vez más de esta sabiduría, que es realismo y sentido común, modestia y voluntad de cuidar al paciente. Cuidar al paciente y no sólo "jugar con la técnica", contexto en el que el paciente pasa a un segundo plano. El papel del médico es, en efecto, saber orientar la vida del paciente, desordenada por la enfermedad, para aliviarla, utilizando la ciencia posible, y suplir la ineficacia de esta misma técnica con la mejor dedicación cuando no hay más recursos o estos no están disponibles. Hacer lo posible sin lamentar no haber podido hacer lo ideal o, peor aún, abandonar al paciente.*

Con esto quiero decir a los que trabajan a mi lado que no olviden nunca, que cada cosa que los médicos sabemos, hemos de procurar saberla lo más exactamente que nos sea dado, pero a conciencia de su posible valor provisional. Y el vacío que queda entre la imperfección de la verdad que poseemos y la perfección de la verdad que deseamos hay que intentar rellenarlo con entusiasmo y buena fe y, sobre todo, con una dosis copiosísima de modestia" (9).

Del conocimiento médico, del "bien hacer médico" que reúne la ciencia con el arte médico, también escribe Marañón. Las citas serían muchas, pero seleccionamos

algunas que ilustran la prudencia de que el médico tiene que armarse delante de las novedades científicas: *“Lo esencial en la ciencia es el afán de destilar lo oscuro en una vena de claridad. Vale más la claridad que cabe en el hueco de la mano que un río de turbia erudición no criticada. Enseñar es simplificar; y para lograrlo se necesita tanto la lectura minuciosa como el brío necesario para confesar, cada vez que haga falta que no sabemos nada (...) El que sabe muchas cosas y las quiere adornar de muchas citas, está bien que lo haga; lo malo es que algunos creen que lo importante son las citas y no las cosas, y rellenan la vacuidad del pensamiento y de la observación con el torrente bibliográfico, que no tiene, por sí sólo, justificación ni sentido”* (9).

Y no sólo prudencia, sino también **sobriedad y sencillez**: *“Cuantos hayan escuchado conferencias o disertaciones a los más altos maestros del mundo, habrán advertido que se basan siempre sobre una armazón de datos clásicos, y en ellos apoyan las ideas y los hechos personales, con las indispensables y siempre escasas citas de la literatura reciente. Para el verdadero hombre de ciencia la actualidad no sólo no es la meta del saber, sino que es una mercancía sospechosa, a la que no se puede dar beligerancia sino después de rigurosa cuarentena (...) Nunca ha de olvidarse que para que la verdad científica surja es necesaria esa cuarentena a que antes me he referido. La verdad científica crece, al cabo del tiempo, como una espiga entre montones de plantas inútiles destinadas a perecer, y hay que dejar que el tiempo haga esa selección entre lo permanente y lo fugaz (...) Nuestra sabiduría informativa ha de estar, en suma, hecha de unas cuantas verdades exactas, las que emergen entre el mar de las nociones sujetas a revisión. En otras palabras, el saber no es sólo saber, sino, a la vez, saber y dudar; y, por tanto, no saberlo todo”* (9).

La **solidaridad** es una virtud esencial que los médicos deben aprender a desarrollar. Una sensibilidad profesional, que es una confluencia de ciencia y humanismo. La solidaridad con el ser humano que sufre –el paciente– es un logro muy importante, una verdadera competencia profesional, que nos sitúa en la perspectiva correcta ante el paciente. Con mayor razón, en los tiempos actuales de “culto a la

técnica”, este aspecto solidario –que es cordialidad, concordia, “*corazón con corazón*” en palabras de Ortega (10)- adquiere especial trascendencia.

Esta postura solidaria se encarga de recordar al médico los límites de su profesión, y sus objetivos: a veces curar, mejorar a menudo y consolar siempre (11). Y aquí un comentario paralelo que tiene enjundia. Curiosamente, es fácil comprobar que quienes, en la práctica, dan menos importancia –porque no viven así– a la solidaridad, son los mismos que levantan banderas impersonales, “defensores de causas ajenas” a la hora de decidir sobre el valor de la vida humana, o si vale la pena seguir viviendo con mala calidad. Son teóricos de la felicidad ajena o, tal vez, de su propia autocomplacencia disfrazados con máscaras altruistas. *“Es necesario reconocer que el médico no está llamado a juzgar el valor o la falta de valor de una vida humana. La sociedad humana sólo le ha destinado a prestar ayuda, donde pueda, y a aliviar el dolor donde sea necesario, a curar a los hombres, en la medida en que esté en su poder, y a cuidarlos, cuando ya no esté a su alcance posible (...) El trabajo médico no consiste sólo en prevenir y tratar, sino también en ayudar a los enfermos incurables. Cuando el médico ya no puede ayudar, debe aprender y enseñar algo esencial: dar el honor debido al paciente que está al borde de la ruina de su existencia. Una persona en esta situación, ingresada en un hospital durante mucho tiempo, aunque no sea útil a la sociedad, siempre conserva la dignidad humana”* (12). Sólo en este clima de solidaridad podremos tomar conciencia de la importancia, también profesional, del médico ante el sufrimiento, especialmente en circunstancias en las que la técnica ya no tiene nada que hacer.

Por eso, la solidaridad es concreta, se preocupa por la persona, con lo que tiene entre manos, y no con teorías. Es luminosa la advertencia de Unamuno sobre este punto: *“Ama a tu prójimo como a ti mismo” –se nos dijo-, y no “ama a la Humanidad”, porque ésta es un abstracto que cada cual concreta en sí mismo, y predicar amor a la Humanidad vale, por consiguiente, tanto como predicar el amor propio. Del cual estaba, por pecado original, lleno Don Quijote, no siendo su carrera toda sino una depuración de él. Aprendió a amar a todos sus prójimos amándolos en*

Sancho, pues es en cabeza de un prójimo, y no en la comunidad, que se ama a todos los demás; amor que no cuaja sobre individuo, no es amor de verdad. Y quien de veras ama a otro, ¿cómo podía odiar a nadie? Y quien a alguien odia, ¿no le emponzoñará este odio los amores, por quien tuviese? O más bien, le emponzoñará el amor, no los amores, porque es uno y solo, aunque se vierta sobre muchos términos” (13).

Solidaridad que crece, y nos hace crecer, porque está abrazada por el dolor, como explica nuevamente Unamuno: *“Porque los hombres sólo se aman con amor espiritual cuando han sufrido juntos un mismo dolor, cuando araron durante algún tiempo la tierra pedregosa uncidos al mismo yugo de un dolor común. Entonces se conocieron y se sintieron, y se con-sintieron en su común miseria, se compadecieron y se amaron. Porque amar es compadecer, y si a los cuerpos les une el goce, úneles a las almas la pena” (14).*

La solidaridad permite **entenderse, comprender el otro, escucharle**. Esa suele ser queja frecuente de los pacientes: no me escucha, no me mira. Quizá sin mala intención, fruto de la distracción técnica o del mucho quehacer por parte del médico. Pero, en cualquier caso, acaba siendo incompetencia profesional. Escribe Ortega: *“Para entender bien una cosa es preciso ponerse a su compás. De otra manera, la melodía de su existencia no logra articularse en nuestra percepción y se desgrana en una secuencia de sonidos inconexos que carecen de sentido. Si nos hablan demasiado deprisa o demasiado despacio, las sílabas no se traban en palabras ni las palabras en frases. ¿Cómo podrán entenderse dos almas de tempo melódico distinto? Si queremos intimar con algo o con alguien, tomemos primero el pulso de su vital melodía y, según él exija, galopemos un rato a su vera o pongamos al paso nuestro corazón” (10).*

Saber escuchar, que no es una técnica, sino una actitud vital que indica respeto. *“No basta para entendernos conocer bien la lengua en que hablamos, sino que, además, para entendernos de verdad, tenemos que conocernos los que*

hablamos, si no la conversación se encrespa y destruye en una serie infinita de quid pro quo, de malas inteligencias (...) Porque no somos sólo ojos y oídos y pensamiento: más profundamente que ojos y oídos y pensamiento somos emoción. Hay un atender y desatender sentimentales a que solemos llamar estimación y desestimación. Cuando vemos o pensamos algo, además de verlo o pensarlo, hacemos recaer sobre ello una valoración o evaluación. Nada hay que estrictamente nos sea indiferente: lo amamos o lo odiamos, lo estimamos o lo menospreciamos, sobre todo lo preferimos o lo posponemos. Llevamos en nuestro pecho una incansable, trémula máquina de preferir que nos hace colocar cosas y personas en una perspectiva sentimental, en un sistema de valores, en una jerarquía de rangos, desde aquel último e ínfimo donde situamos lo que nos parece abyecto hasta aquel sublime y radiante rango donde elevamos lo que nos parece divinamente amable” (2).

Entusiasmo y dedicación.

Dedicación, que es trabajo duro y abnegado. El interés del médico es también una credencial para ganarse la confianza del paciente. El paciente sabe valorar la dedicación del médico, incluso sin saber nada de sus técnicas. Y es que el paciente, ignorante en materia médica, es un experto en todo lo que se refiere al trato humano: el propio sufrimiento que le trae la enfermedad es una escuela que le enseña a valorar, con detalle, la dimensión humana, la afabilidad, el afecto. Diríamos que el paciente desarrolla una especial sensibilidad, por el hecho de estar enfermo, hacia estas cuestiones y, naturalmente, las juzga en el/la médico/a que le atiende. Las palabras de Marañón nos introducen en un tema, apasionante en su actualidad: *“Unos, los elegidos por la Providencia hallarán los caminos nuevos. Los demás tenemos un deber más modesto, pero no menos grave: el de hacer de la Medicina una profesión y una ciencia llenas de simplicidad, de formalidad, de profunda humanidad; una ciencia y una profesión exentas de la presunción de que nuestra*

verdad sea la verdad inconclusa; una Medicina sin supersticiones científicas; una Medicina, en fin, clara, cordial y modesta; o, si queréis, anti dogmática” (9).

Quizás la cristalización de este interés -la imagen también es de Marañón (15)- sea la silla, que consideraba el elemento humanizador por excelencia en la práctica médica. Cuando el médico se sienta a hablar con el paciente está indicando con su actitud que tiene todo el tiempo del mundo para escucharlo. Hoy tenemos computadoras, historias clínicas electrónicas, técnicas sofisticadas, pero quizás nos falten sillas; o, peor aún, perdemos el gusto por sentarnos en ellas, al lado del paciente. La buena medicina al lado de la cama del enfermo tenía ese componente humanista de proximidad física al paciente, de tiempo pasado en su compañía.

Conciencia de misión, que es vivir la vocación médica en plenitud, sin distracciones. *“Hay que atreverse a decir muy alto que, para el médico, la técnica es secundaria. En último término, no es su misión ejecutarla. Los técnicos mejores son, con frecuencia, gentes manuales y asalariadas, ejecutantes exentos de la preocupación creadora. Lo esencial en el experimento fisiopatológico no es la técnica, sino el planteamiento, que es donde palpita el poder creador; y en éste, y no en la técnica, es donde hay que ir a buscar la verdad o el error de los resultados (...) La investigación y la técnica, esenciales para el progreso de la Medicina, son servidoras de ésta. Pero a la Medicina le ocurre, a lo largo de su historia, lo que al Estado a lo largo de la suya. El Estado tiene también servidores, que son los militares, los burócratas, los maestros; y de vez en cuando estos servidores se apoderan del Estado y lo esclavizan. Todo va mal entonces, y es frecuente que acabe el conflicto en revolución. Del mismo modo se tuerce el rumbo en la Medicina cuando sus servidores, -llámense sistemas fisiológicos o criterios morfológicos o etiológicos o técnicas de investigación- se convierten, de esclavos, en tiranos. Y ahora vivimos la tiranía de la técnica sublevada” (4).*

Y es justamente la conciencia de misión lo que trae realismo al quehacer médico. *“Todavía ignoramos la etiología de muchas enfermedades; y, sobre todo,*

porque hay muchas formas de no salud que el médico tiene que tratar y cuya etiología no es ninguna agresión específica, sino la vida misma; y contra la vida injusta o dura no hay en las farmacias remedio” (9). Y con el realismo, la poesía que encierra la acción médica, como describe Marañón: “Como médico, tuve que entrar por primera vez en cientos de hogares desconocidos y nunca, puedo decirlo con certeza, llamé a una puerta sin sentir emoción. Cada casa es un mundo, diferente al mundo exterior; y en cualquiera de ellos nuestra alma puede encontrar una nueva faceta para su vida y, tal vez, para su destino. Siempre pensé esto mientras deslizaba mis pies ungidos, tuvieran barro o no, sobre el felpudo que nos prepara para la intimidad” (16).

La conciencia de misión depende más del esfuerzo que da una inspiración sentimental, como explica Marañón: *“Es urgente anotar un aspecto importante del tema: y es que, sin duda, la vocación puede crearse de nuevo, renacer tardíamente por el influjo de la convivencia cordial de la voluntad, aplicada con consciente amor a un destino equivocado. Esto es lo que en nuestro idioma se llama, exactamente, la "buena voluntad", gracias a la cual el hombre puede rehacer su vida sobre bases lógicas, cualquiera que sea el error de sus instintos o de sus determinaciones iniciales. Si no fuera por esta "buena voluntad", recreadora de nuestra adaptación al destino, la limitación de la posible felicidad en el ser humano sería tan grande, que el modo habitual de nuestra muerte no sería otro que el suicidio (...) El desengaño y la tragedia, en la vida amorosa y en la vida social, serían la consecuencia obligada, si no existiera esa capacidad prodigiosa que tiene el hombre de crear, a la larga, el amor o la vocación sin vocación y sin amor iniciales, tan sólo con el material de la convivencia y la buena voluntad. Esta aptitud, la más noble de nuestra especie, la que más nos acerca al Dios creador, rectifica el error del principio; y quién sabe si no es, en definitiva, la fuente más pura y elevada de la humana felicidad” (4).*

Y en otro momento, anota Marañón sobre el mismo tema: *“Lo esencial para cumplir con rigurosa eficacia nuestra misión social no es la aptitud, sino la afición, palabra esta que los españoles debemos ajustar a su sentido estricto de amor a la cosa elegida y de ahínco y eficacia en ese amor. (Comenta que aficionado a los toros*

es justamente el que se sienta y no hace nada, por eso el equívoco) *Un hombre lleno de aptitudes para una faena determinada no la realizará si no la quiere, si no está aficionado de ella. Por el contrario, la afición intensa, cordial, que es, en suma, la vocación, vence, con toda certeza, la falta de aptitud. No hay ser humano que no llegue a hacer lo que quiere con gana, con vocación, por escasas que sean sus condiciones físicas y espirituales para lograrlo. Afición, vocación, es amor al deber, o deber impuesto por el propio y espontáneo amor a lo elegido. En cambio, la aptitud origina tan sólo un derecho, y los hombres con derechos sólo no van a ninguna parte*” (17).

Aunque ya abordamos el **entusiasmo** anteriormente, vale la pena volver sobre este aspecto, ahora en forma de **convicción profesional**, pues, en palabras de Ortega, es lo que nos permite conocer las cosas -y las personas- a fondo: “*El entusiasmo es el poder que nos multiplica y que nos lleva a intimar con las cosas, a ser enteros para cada una de ellas y a vivir durante un rato su vida peculiar*” (2).

Anota Marañón a este respecto: “*Los médicos tenemos, para curar, un arma fija, que es la ciencia; arma cada vez más poderosa; pero con ella solamente la utilidad de nuestra actuación se reduciría a términos casi miserables. Más, en torno de esta eficacia segura y controlable, en torno de nuestras recetas de efecto matemático actuamos sobre el hombre dolorido por la vía invisible e imponderable de la sugestión. Y, como tantas veces he dicho no de la sugestión intencionada, que entonces es arma burda, utilizable sólo por insensatos y por profesionales sospechosos, sino de la sugestión inconsciente, de la que hemos llamado "bilateral", porque de ella participa, sin darse cuenta, tanto como el enfermo que la recibe, el doctor que la aplica (...)* Si yo tengo una fe profunda en mis armas terapéuticas y las aplico, lleno de entusiasmo, a mis pacientes, esta fe y este entusiasmo multiplicarán hasta límites inverosímiles la eficacia bruta de mi jarabe o de mi inyección. Y puede suceder que, en definitiva, el jarabe o la inyección no sirvan casi para nada y, sin embargo, mi fe, transmitida, sin yo saberlo, a mi enfermo, sea bastante para curarle: para curarle de verdad” (4).

La falta de comprensión de la persona del enfermo -que genera duda, porque no se con quién estoy hablando, no me comunico- rinde desatinos profesionales: *“El médico escéptico, por lo tanto, está casi inerte en la lucha contra la enfermedad, que es no sólo la inflamación o el tumor o el deterioro de cualquier otro orden de los órganos, sino todo este mundo de reacciones nerviosas del sujeto enfermo, que hace que la misma úlcera de estómago, por ejemplo, sea enfermedad completamente distinta en un segador y en un profesor de Filosofía. El médico escéptico sabrá curar la úlcera pura; pero la esfera y la estratosfera de motivos nerviosos que la envuelve sólo será vulnerable al médico entusiasta; y muchas veces, sin esta previa disipación de su atmósfera imaginativa, la úlcera no se curará jamás; ni siquiera si la extirpa el cirujano”* (4).

La construcción de la personalidad, la forja del carácter es, sin duda, virtud que abarca todas las anteriores. Un desafío constante, para encarnar el ideal de una vocación en la vida diaria. Este es tema fértil para los humanistas que nos acompañan en esta trayectoria formativa.

Las consideraciones de Ortega, en condena de la mediocridad -y de alerta para el hombre masa que todos llevamos dentro- son bien conocidas. *“Dondequiera ha surgido el hombre-masa, un tipo de hombre hecho de prisa, montado nada más que sobre unas cuantas y pobres abstracciones y que, por lo mismo, es idéntico de un cabo de Europa al otro. A él se debe el triste aspecto de asfixiante monotonía que va tomando la vida en todo el continente. Este hombre-masa es el hombre previamente vaciado de su propia historia, sin entrañas de pasado y, por lo mismo, dócil a todas las disciplinas llamadas "internacionales". Más que un hombre es sólo un caparazón de hombre constituido por meros idola fori; carece de un "dentro", de una intimidad suya, inexorable e inalienable, de un yo que no se pueda revocar, De aquí que esté siempre en disponibilidad para fingir ser cualquier cosa. Tiene sólo apetitos, cree que sólo tiene derechos y no cree que tenga obligaciones: es el hombre sin la nobleza que obliga -sine nobilitate-”* (en Inglaterra las listas de vecinos indicaban junto a cada nombre el oficio y rango de la persona. Por eso, junto al nombre de los

simples burgueses aparecía la abreviatura s.nob, sin nobleza. Este es el origen de la palabra snob) (8).

Vale la pena seguir citando a Ortega en su obra magna: *“El eterno hombre-masa, consecuente con su índole, deja de apelar y se siente soberano de su vida. En cambio, el hombre selecto o excelente está constituido por una íntima necesidad de apelar de sí mismo a una norma más allá de él, superior a él, a cuyo servicio libremente se pone (...) Contra lo que suele creerse, es la criatura de selección, y no la masa, quien vive en esencial servidumbre. No le sabe su vida si no la hace consistir en servicio a algo trascendente. Por eso no estima la necesidad de servir como una opresión. Cuando ésta, por azar, le falta, siente desasosiego e inventa nuevas normas más difíciles, más exigentes, que le opriman. Esto es la vida como disciplina -la vida noble-. La nobleza se define por la exigencia, por las obligaciones, no por los derechos -noblesse oblige-. Vivir a gusto es de plebeyos: el noble aspira a ordenación y a la ley (...) El hombre selecto no es el petulante, que se cree superior a los demás, sino el que se exige más que los demás, aunque no logre cumplir en su persona esas exigencias superiores. Y es indudable que la división más radical que cabe hacer en la humanidad es ésta, en dos clases de criaturas: las que se exigen mucho y acumulan sobre sobre sí mismas dificultades y deberes, y las que no se exigen nada especial, sino que para ellas vivir es ser en cada instante lo que ya son, sin esfuerzo de perfección sobre sí mismas, boyas que van a la deriva”* (8).

El esfuerzo por mejorar, por no cansarse de mejorar, es señal de distinción: *“Conforme se avanza por la existencia, va uno hartándose de advertir que la mayor parte de los hombres -y de las mujeres- son incapaces de otro esfuerzo que el estrictamente impuesto como reacción a una necesidad extrema. Por lo mismo, quedan más aislados y como monumentalizados en nuestra experiencia los poquísimos seres que hemos conocido capaces de esfuerzo espontáneo y lujoso. Son los hombres selectos, los nobles, los únicos activos y no sólo reactivos, para quien vivir es una perpetua tensión, un incesante entrenamiento. Entrenamiento: askesis. Son los ascetas”* (8).

El asunto es recurrente en Ortega. Y, como variaciones sobre el mismo tema, surge en otras obras suyas, desafiándonos a enfrentar las dificultades para crecer en la vida. *“La ausencia de presiones, de problemas, apagaría nuestra vida, porque nuestro vivir es un constante aceptar heridas y un responder enérgico a esta benéfica vulneración. Ni un individuo ni un pueblo puede vivir sin problemas: al contrario, todo individuo, todo pueblo vive precisamente de sus problemas, de sus destinos. La vida histórica es una permanente creación, no es tesoro que nos viene de regalo. Para crear hay que mantenerse perpetuamente en entrenamiento. Y conviene recordar que la palabra entrenamiento no es sino la traducción del vocablo askesis, ascetismo, que usaban los griegos en los juegos atléticos y con el cual denominaban al régimen de difíciles ejercicios a que se sometían para mantenerse "en forma" los deportistas. Los místicos de la Edad Media tomaron este vocablo del deporte y la vida pagana, y lo aplicaron a la actividad del hombre, que mediante un constante ejercicio procura mantenerse en estado de gracia, para hallarse en forma y lograr la beatitud (...) Y no hay destino tan desfavorable que no podamos fertilizar aceptándolo con jovialidad y decisión. De él, de su áspero roce, de su ineludible angustia sacan los pueblos la capacidad para las grandes verdades históricas. No se dude de ello: en el dolor nos hacemos y en el placer nos gastamos”* (2).

El esfuerzo permanente, condición para la forja del carácter: *“No espero nada del hombre satisfecho, que no siente la falta de algo más allá de él (...) La historia humana es obra del descontento, que es una especie de amor sin amado y como dolor que sentimos en miembros que no tenemos. Esta emoción idealista, haciéndonos percibir que somos imperfectos, nos hace rodar en busca de lo que nos falta, y así vamos por la tierra y avanzamos por el tiempo y es nuestro corazón una proa siempre en ruta al más allá (...) El hombre que se impone a si propio una disciplina más dura y unas exigencias mayores que las habituales en su contorno, se selecciona a sí mismo, se sitúa aparte y fuera de la gran masa indisciplinada donde los individuos viven sin tensión ni rigor, cómodamente apoyados en resacas. Por eso el lema decisivo de las antiguas aristocracias, forjadoras de nuestras naciones occidentales,*

fue el sublime Noblesse oblige. Nada se puede esperar de hombres que no sientan el orgullo de poseer más duras obligaciones que los demás. La nobleza en el hombre, como en su hermano mayor el animal, es, ante todo, un privilegio de obligaciones. El caballo de raza lo es, ante todo, porque tiene obligación de correr más que el vulgar o resistir más largamente” (2).

Esa actitud abre las puertas a la vida como aventura: *“Un hombre para quien todo en la vida es aventura es un grande hombre; para él, cada rostro, cada palabra, cada rumor, es una ventana que se abre sobre lo maravilloso, y la gran ocupación de los más nobles humanos ha sido siempre dar con esa ventana para arrojarse a través de ella y escapar así de la mortal atonía de la vida llevadera. Las aventuras no se hallan, no existen fuera de los grandes hombres: ellos las inventan, las crean, las forjan, con su ánimo siempre al rojo blanco” (18).*

También Marañón toma cartas en este tema desafiador, la construcción del carácter, y salpica sus obras con frases densas, que hacen pensar: *“Yo no conozco otro modo de extirpar un defecto o un vicio que declararlo y ponerlo sobre la mesa de disección de la sinceridad (...) Estimo, y lo he dicho muchas veces, que el deber que se nos exige ha de ser tan sólo un pretexto para inventar otros deberes” (9).* En otro momento: *“Porque sólo conoce los caminos rectos quien erró alguna vez por los torcidos, y la mejor intención no es, quizá, la del hombre impoluto, sino la del que tiene en el alma las cicatrices de muchas rectificaciones” (1).*

Y aborda el papel que los médicos veteranos tienen en esta construcción: *“Se ha dicho que el viejo da buenos consejos para consolarse de no poder dar buenos ejemplos. Por ello, acaso sea mejor hablar al joven cuando aún se puede predicar con el ejemplo, con el ejemplo bueno. En el consejo hay siempre algo de impotencia, algo del eunuco que recomienda la paz en el harén. En el ejemplo hay, por lo menos muchas veces, lo que nos llega al corazón y decide nuestra conducta: el sacrificio (...) Lo que en él (veterano) parece escepticismo, es sólo madurez; madurez que no es desengaño de las verdades profundas, sino de aquellas cosas que parecen*

verdaderas a los 30 años y a los 50 se sabe que no lo son” (4). Y sobre el joven profesional subraya: “El joven ve la luz del cohete que sube y no su armadura de palo abrasado, que desciende en la noche, a contar a la tierra la mentira del triunfo” (4).

El deber que nos imponemos.

La exigencia ética, el deber que libremente nos imponemos, es pauta necesaria para la construcción del carácter. Escribe Marañón: “El derecho nos viene de fuera como un regalo, y puede, en teoría, sernos repartido por igual. Pero el deber mana de nosotros, de nuestra personalidad y de cada momento de nuestra personalidad, como el chorro de un manantial; y es inútil pretender que su calidad y su calibre sean iguales cuando la fuente brota en un vergel o en un desierto, cuando brota en los meses de humedad o en los de estiaje, cuando el agua se conduce por cauces limpios y bien captados o cuando corre entre contaminaciones y quiebras que la ensucian y dispersan. Nada, pues, de lo que ocurra en el mundo realizará el sueño de la igualdad, porque nada podrá igualar los deberes de cada ser humano. Y es el deber y no el derecho el que marca las diferencias esenciales y las categorías entre unos hombres y los otros. Un régimen social, teórico, podrá dar los mismos derechos a un hombre genial y a un mentecato; pero aquél se sentirá obligado por encima de toda ley a cumplir deberes que el ciudadano de la mente limitada no es capaz de sentir. Y ese hombre genial será tanto más superior por el hecho de sus deberes geniales, intangibles, cuanto más se le quiera allanar a los derechos de los demás hombres” (1).

Deberes creados, que fluyen con generosidad de donación: “La generosidad no admite limitaciones. Poner una frontera a la generosidad es como matarla, porque tal virtud no resiste los espacios confinados y vive de su propia y esencial ilimitación, de su purga constante de egoísmo, que es el pecado de nuestra era histórica” (1).

Es justamente del interior donde surge el deber y, con él, la ética como explica gráficamente Ortega: *“Hay una imagen errónea que desorienta nuestra comprensión del hombre en general. Suponemos que la personalidad humana se forma partiendo de un núcleo central, que es el más íntimo de ella, el cual, creciendo, engrosándose y perfeccionándose, llega en su periferia a constituir nuestro yo social, aquello de cada uno de nosotros que da hacia los demás. La verdad, sin embargo, ha sido siempre lo contrario. Lo primero que del hombre se forma es su persona social, el repertorio de acciones, normas, ideas, hábitos, tendencias en que consiste nuestro trato con los prójimos. Y puede llegarse -es precisamente el caso del americano- a poseer una personalidad muy civilizada, muy estimable y llena de virtudes o, al menos, destrezas, cuando aún la intimidad no existe. Tendríamos entonces que la persona podría representarse por una esfera hueca. La pared de la esfera -el espíritu social de la persona- es más o menos gruesa, pero, al cabo, tras ella hay un vacío central. Conforme progresa la planificación de su cultura personal, la pared crece hacia dentro, va creando capas más internas del individuo. El término ideal del desarrollo sería que la esfera espiritual en que consiste la persona fuera maciza y compacta (...) Nótese que ambas espiritualidades, la periférica y la íntima, son de muy distinto rango. Aquélla está integrada por lo recibido y mostrenco. Son las ideas que piensa todo el mundo, los impulsos de conducta que el ambiente imprime en todos por igual, las preferencias y repulsiones comunes. Se trata, pues, de la forma inferior de espiritualidad, en que ésta se confunde casi con lo mecánico. En cambio, la intimidad, comprende sólo los pensamientos que el individuo crea o recrea por sí, las actitudes morales que nacen con plena independencia en la soledad original de su ser, aparte de los prójimos. Todo esto, que es lo más valioso, última potencia del espíritu es lo que tarda más en formarse dentro de la persona y es lo que estimamos. En definitiva, se trata de los criterios decisivos -intelectuales, morales, etc.- y sólo cuando el hombre posee en su fondo estos criterios propios, firmes, que son su sustancia inalienable, decimos que es plenamente una persona. El que sólo posee el repertorio de modos recibidos sólo funcionará con corrección en las situaciones rutinarias previstas por ese repertorio.*

Colocadlo en una circunstancia nueva y no sabrá qué hacer, su reacción será torpe, porque no puede recurrir al fondo creador de sus criterios propios” (2).

Ética y libertad interior, para hacer densa la esfera recibida, las formas, los buenos modales. Y eso implica raíces, como también apunta Unamuno: *“La libertad está en el misterio (...) Crece hacia adentro y no hacia fuera. Se dice, acaso se cree, que la libertad consiste en dejar crecer libre a la planta, en no ponerle rodrigones, ni guías, ni obstáculos: en no podarla (...) Y la libertad no está en el follaje, sino en las raíces, y de nada sirve dejarle al árbol libre la copa y abiertos de par en par los caminos del cielo, si sus raíces se encuentran al poco de crecer, con una dura roca impenetrable, seca y árida, o con tierra de muerte. Árbol espiritual de muchas y hondas raíces dará regalado fruto, por áspero y hostil que el ambiente sea. Y las raíces son el secreto del alma” (19).*

La exigencia ética alcanza la **relación con los colegas médicos**, como advierte Marañón: *“La Medicina vive de su realidad, de su eficacia, cada día mayores; pero también vive y actúa beneficiosamente sobre los hombres gracias a su prestigio, un tanto mítico, pero necesario. Cuidar ese prestigio es obligación primordial de los médicos, sin más limitaciones que las de orden natural: la salud del enfermo y la propia conciencia. Desautorizar la actuación de otro práctico puede ser útil al interés inmediato del que la desautoriza; pero pronto la piedra, de rebote, caerá sobre su propia cabeza, por mucha que fuere su razón; y sobre la cabeza de la ciencia misma” (4).* Y, naturalmente, **los honorarios médicos**: *“El médico ha de vivir de su profesión, y, según el criterio liberal, la remuneración justa será mayor o menor con arreglo a su capacidad de trabajo y a su buen arte para curar; pero siempre en límites de continencia. Lo esencial es que el médico no haga nada, jamás, pensando en el dinero que lo que hace le pueda valer” (9).*

El realismo en la exigencia es también nota imprescindible de esta construcción. Bien lo explica Ortega, en otra de sus obras: *“Es común en las pinturas de Rembrandt que una humilde tela blanca o gris, o una tosca herramienta, estén*

rodeadas de una atmósfera luminosa, que otros pintores sólo colocan alrededor de las cabezas de los santos. Es como si nos dijeran con una delicada advertencia: santificadas sean las cosas, amadlas. Cada cosa es un hada que cubre sus tesoros interiores de miseria y vulgaridad, una virgen que hay que enamorar para volverse fecunda” (20).

Nuevamente: prestar atención a lo que tenemos entre manos, sin perdernos en sueños o fantasías. Vivir lo que tenemos, en nuestras condiciones y circunstancias. De aquí surge la conocida frase del filósofo: “Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo, tampoco me salvo yo”. Una frase que se cita a menudo, pero la mayoría de las veces de forma incompleta. En la cultura popular la circunstancia se sitúa como una excusa, y no como un desafío que hay que salvar, redimir. Por eso Ortega añade: “Tenemos que buscar lo peculiar de nuestras circunstancias, el lugar adecuado en la inmensa perspectiva del mundo. No detenernos en valores fijos, sino conquistar el lugar apropiado entre ellos en nuestra vida individual. En resumen: la reabsorción de las circunstancias es el destino concreto del hombre” (20).

Una vuelta al realismo, a la sabiduría de lo que somos, tenemos y podemos. “Algunos hombres se niegan a reconocer la profundidad de algo porque exigen que lo profundo se manifieste como lo superficial. No aceptan que existan varios tipos de claridad, se atienen exclusivamente a la peculiar claridad de las superficies. No advierten que es imprescindible que lo profundo se esconda detrás de las superficies, quede latente debajo de ellas (...) No saber que cada cosa tiene su propia condición y no la que queremos exigirle es, en mi opinión, el verdadero pecado capital, al que llamo pecado cordial, porque es falta de amor. Nada es tan ilícito como hacer el mundo más pequeño a través de nuestras manías y ceguera, disminuyendo la realidad, suprimiendo imaginativamente pedazos de lo que es. Esto es lo que sucede cuando pedimos que lo profundo se manifieste de la misma manera que lo superficial” (20). El mundo no es como lo queremos o como nos gustaría que fuera. Es lo que nos dan y en lo que tenemos que trabajar: sin quejas, con diligencia, con perseverancia y humildad.

LA ACADEMIA Y LA FORMACIÓN MÉDICA

Para concluir esta trayectoria con los humanistas que nos ayudan en la formación médica, es necesario volverse hacia la Academia, lugar donde se preparan los futuros médicos. No abordaremos los aspectos institucionales de la educación médica, que requerirían otro ensayo incluso de mayor extensión. Nos limitaremos a destacar algunos comentarios de Ortega, incluidos en su libro sobre La Misión de la Universidad (21).

A finales de la década de 1920, Ortega pronunció ante estudiantes de la Universidad de Madrid una serie de conferencias que luego fueron transcritas y publicadas (1930, primera edición) bajo el título “La misión de la Universidad”. Se trata de una exposición clara y didáctica de los aspectos que involucraban la docencia universitaria en la época. De hecho, las ideas de Ortega –como tantas realidades filosóficas– son atemporales: los temas que analiza son sorprendentemente actuales, lo que permite analizar los problemas que enfrentan las instituciones de educación superior a la luz de sus consideraciones. Las dificultades destacadas por el filósofo – así como las que vivimos hoy– podrían resumirse en tres palabras: desviación de función.

¿Cuál es la misión de la Universidad? ¿Cuál debería ser la esencia de la educación que allí se ofrece? Ésta es la pregunta inicial que orienta todo el ensayo filosófico. El autor responde: la formación universitaria consiste en enseñar una profesión y promover la investigación científica, preparando a los futuros investigadores. La profesionalidad y la investigación científica constituyen el doble objetivo de la formación universitaria, como se puede comprobar fácilmente. Pero, ahondando más en sus interrogantes, el autor se pregunta si no hay algo más que los estudiantes universitarios deberían aprender. Una mirada atenta descubre un conjunto de conocimientos teóricamente exigidos al estudiante, y no siempre ofrecidos en el proceso formativo: un universo mal definido, como una huella de conocimiento, subordinado al nombre de “cultura general”.

Desde una perspectiva histórica, el autor destaca un contraste que es, de hecho, una paradoja. Compárese el peso que hoy tiene esta cultura en el proceso educativo –casi un elemento ornamental– con el que tuvo en los inicios de la institución universitaria, hace más de ocho siglos. En ese momento había poco profesionalismo y la investigación se encontraba en sus etapas primitivas. Casi todo lo que se pretendía enseñar era precisamente lo que hoy llamamos “cultura general”: filosofía, artes, religión, teología. Pero para la Universidad, este conjunto de conocimientos no tenía nada de “general” en el sentido estrecho, e incluso reduccionista, del término. Era simplemente la cultura, entendida como tal, el sistema de ideas sobre el mundo, sobre la vida, sobre el ser humano y la humanidad, que ayuda en la postura que se debe adoptar en cada momento para sencillamente vivir, y asumir las actitudes oportunas. La cultura fue y sigue siendo, a juicio de Ortega, el conjunto de ideas de las que vivimos, y que se convierten en el fundamento que sustenta nuestra existencia.

Parece natural que el filósofo se pregunte cómo es posible formar verdaderos profesionales e investigadores que carecen de esta actitud ante el mundo, de considerar su propia vida. Les falta, porque nadie les mostró, el camino del aprendizaje, porque la Universidad no se preocupó por este aspecto esencial de su formación. Y las consecuencias pueden ser altamente perjudiciales, ya que la institución universitaria estaría formando profesionales que, cuando tengan que abandonar el estrecho tema de su saber profesional, actuarán con la ignorancia de quien no está formado. Y concluye: “*No podemos vivir humanamente sin ideas. Todo lo que hacemos depende de ellas. La cultura no es un adorno, pero es lo que salva la vida del naufragio y lo que permite al hombre vivir sin que su vida sea una tragedia sin sentido o una degradación radical*” (21).

La misión de la Universidad es, por tanto, formar profesionales capaces de sobrevivir en el mundo, debiendo luego aprender no sólo temas específicos de su área, sino también otros temas propiamente aplicados, con énfasis en la filosofía y cultura que se debe esperar de ellos. Saber, por tanto, en qué consiste el área de

actividad, con la profundidad relativa que es posible y cómo se sitúa en el modelo social actual. Utilizando un ejemplo del universo médico, esto implica tantas cuestiones puramente teóricas (¿Qué es un médico? ¿Cuál es su papel en la sociedad?), como cuestiones prácticas específicas (Diagnóstico, Tratamiento de enfermedades) y cuestiones generales de este profesional (¿Cómo gestionar su práctica? ¿Hacer marketing o no?). El ejemplo magistral del autor es situar el conocimiento como un bosque. Conocer lo específico de la ciencia médica sería parte de este gran bosque, pero el conocimiento necesario para sobrevivir sería todo el bosque que involucra la cultura y lo específico, en este caso, la medicina.

Avanzando en sus consideraciones, el autor se interroga sobre el porqué de la docencia universitaria. ¿Por qué se enseña y qué se pretende enseñar? En otras palabras: ¿qué es posible enseñar en la Universidad? La pregunta abarca una realidad que, hoy, 100 años después de este ensayo filosófico, cobra mayor relevancia debido al progreso científico natural. El principio de ahorro de tiempo es -según Ortega- el que orienta el conjunto de conocimientos que deben impartirse en la Universidad. La escasez de tiempo, dado el volumen de conocimientos existentes, lleva inevitablemente a elegir lo que realmente se puede enseñar durante los años de formación universitaria. Se hace necesario definir lo que se puede enseñar y lo que los estudiantes necesitan saber, definiendo prioridades.

En este punto, el aporte de Ortega es tajantemente claro: “*La Universidad debe ser la proyección institucional del estudiante*” (21). Lo que equivale a decir que las necesidades del estudiante son el factor que definirá las prioridades, y con ellas el cuerpo de conocimientos que debe ofrecer la Universidad. La Universidad es para los estudiantes, no para los profesores. Así fue en sus orígenes, y este principio es el alma del espíritu universitario: estudiantes que piden ayuda para formarse. La organización curricular universitaria no debe, por tanto, partir del volumen de conocimientos (todo lo que se puede enseñar), ni siquiera de los profesores (de lo que saben, de lo que consideran especialmente importante, o de los conocimientos que dominan significativamente), sino más bien de las necesidades del estudiante, que

Ortega resume en dos principios básicos. El primero es satisfacer lo estrictamente necesario para la vida efectiva del hombre que hoy es estudiante, y mañana será profesional. El segundo, aún más restrictivo a la hora de establecer prioridades, consiste en elegir entre esos conocimientos aquellos que el estudiante realmente es capaz de aprender de forma efectiva.

Son tantos y tan variados los avances científicos que hay poco tiempo disponible para transmitir información sobre todos ellos. Habría que preguntarse si realmente es necesario abordar todos los avances o ceñirse de manera realista a los conocimientos que un médico no puede dejar de conocer para graduarse de manera competente. Una cosa –diría Ortega- es ser investigador y otra cosa es ser docente. Lo primero no implica lo segundo. El proceso de formación universitaria -que debe depender del estudiante- requiere docentes que formen a los jóvenes para la vida profesional y no investigadores que les informen de todos los nuevos avances que surgen en el universo científico. El tiempo de formación universitaria es limitado; es necesario elegir qué es posible enseñar para formar un buen profesional.

Establecido el papel de la Universidad en la formación cultural del estudiante y en la preparación efectiva de la profesión que pretende desempeñar, el filósofo aborda el tema de la Investigación, cuyo fomento es también tarea de la Universidad. Hacer del universitario un buen profesional, con cultura, no necesariamente significa que tenga que ser un científico, un investigador. La Universidad descubre vocaciones científicas, pero su objetivo principal no es formar científicos. El autor señala que la ciencia –y por ciencia se refiere a la investigación científica– es una tarea seria, que involucra la vida. Por tanto, para ser científico se requiere una vocación tan específica como la de médico, abogado, filósofo. No es investigación científica aprender una ciencia o enseñarla. Puede ser conveniente que quien enseña sea científico, pero no es absolutamente necesario: tiene que ser un buen docente en esa área, ya que una cosa es investigar y otra saber. Para enseñar bien es necesario saber, y no necesariamente haber llegado a ese conocimiento por sí mismo.

Esta distinción adquiere particular importancia cuando lo que se está definiendo es el futuro del estudiante. Así, Ortega considera que pretender que el estudiante sea un científico -cuando en realidad ingresó a la Universidad por otro motivo- es un proyecto descabellado. Es necesario distinguir entre formación profesional e investigación científica, y no confundir los términos. Sin duda, aprender una profesión implica adquirir el contenido específico de muchas ciencias, pero sólo el contenido, no su investigación. El estudiante es aprendiz de una profesión; en el caso del médico –el ejemplo es ilustrativo– de la profesión de curar. Si tienes vocación de médico, no necesariamente tienes vocación de científico, aunque deberás adquirir una base sólida de metodología y pensamiento crítico. Es necesario distinguir y descubrir las verdaderas vocaciones. Y concluye textualmente: *“La tendencia que llevó al predominio de la investigación en la Universidad ha sido desastrosa. Ha sido la causa de la eliminación de lo principal: la cultura. Además, esto dio lugar a que no se cultivaran intensivamente profesionales ad hoc. En las facultades de medicina existe la aspiración de enseñar fisiología hiperexacta o química bizarra, pero quizás nadie se toma el tiempo para pensar en serio qué significa ser un buen médico hoy, qué tipo de modelo debe ser el médico de hoy”* (21). Es bueno insistir que esto lo decía y escribía Ortega hace 100 años. Pensar qué diría hoy, nos abre un panorama de vértigo.

Las consideraciones finales de Ortega sobre el tema de la Investigación Científica en la Universidad ejemplifican aspectos relacionados con la enseñanza de la Medicina y, por tanto, son verdaderamente oportunas. El autor comenta que la enseñanza de la profesión en la Universidad debe tomar de la ciencia lo que la beneficia sin perder de vista su objetivo último: formar un buen profesional, preparándolo para la actividad clínica futura. Por ejemplo, la Medicina no es estricta ni sólo una ciencia, sino principalmente una profesión con actividad práctica, que tiene como objetivo curar o mantener la salud en la especie humana. Y, para realizarlo bien, se toma de la ciencia lo que le beneficia, sin confundirse con ella. Y afirma textualmente: *“En los últimos años la Medicina se ha involucrado en la ciencia y, infiel*

a su misión, no ha sabido hacer valer adecuadamente su punto de vista profesional. Cometió el pecado común a todo ese período; no aceptar su destino, mirar de reojo, querer ser otra persona –en este caso-, querer ser ciencia pura” (21).

En esta triple relación –cultura, profesión e investigación científica– reside el escenario de la educación universitaria que debe repensarse continuamente. La ciencia, cuando ingresa al ámbito profesional, debe aprender a desarticularse como ciencia para contribuir a la técnica que ayude en la formación competente de un buen profesional. Un dilema similar surge con la cultura y la ciencia. Gran parte de lo que tiene la cultura proviene de la ciencia, pero no todo es ciencia. Una aclaración importante que marca la diferencia en el pensamiento del científico, que se reveló a mediados del siglo XIX, que pretendía hacer de sus limitados conocimientos el único objeto del conocimiento humano. Por tanto, la cultura hace con la ciencia lo que la profesión ya hace con ella: tomar de ella lo vitalmente necesario para la existencia. Pero el tiempo y el ritmo de ambos son diferentes. La ciencia es metódica, no tiene prisa, sabe que el progreso científico no puede ser catalizado en el tiempo, y trabaja con perspectivas de largo plazo, que garantizan su seriedad, alejándola de la inmediatez del pseudocientífico. Pero la cultura es un instrumento para la vida, que siempre es urgente: “*la vida nos es disparada a quemarropa*” -concluye Ortega-.

Esta perspectiva nos sitúa frente al gran desafío y misión de la Universidad: la formación de un profesional competente. En los últimos 30 años se ha producido en las principales Universidades un crecimiento exponencial de su capacidad investigadora, con empresas asociadas, producción de patentes, etc. Las facultades de medicina cohabitan con fundaciones y departamentos dedicados fundamentalmente a la investigación, pero en diálogo y colaboración permanente con el cuerpo docente. Surgen proyectos e ideas seminales que enriquecen el saber y el saber pensar de los propios docentes, obligados a un constante *aggiornamento* de habilidades y conocimientos. El médico académico interactúa con el biólogo, el genetista, el ingeniero... Y el estudiante recibe no solo conocimiento actualizado, sino también una formación que le permitirá distinguir los grados de evidencia, la robustez

de un ensayo clínico o de una guía clínica, o las bases estadísticas para aplicar una visión epidemiológica a su práctica clínica. Pero incluso más importante: se percata de los límites del conocimiento, y aprende a dudar.

Las facultades de medicina enseñan una medicina brillante, moderna y actualizada, pero debieran enseñar también aspectos básicos de la vida, imprescindibles para sobrevivir en el mundo. Pocos saben adquirir una buena imagen profesional, gestionar un despacho y nociones económicas. Irónicamente, se exige la humanización de los médicos, pero no se preocupa por enseñar el más básico de todos los pasos para hacerlo: la filosofía, la antropología, en definitiva, las formas de saber qué es un ser humano, y la competencia emocional para comprenderle y acogerle. Solo así seremos capaces de evitar el síndrome del médico quemado (*burnout*).

En variaciones sobre el mismo tema, tropiezo con la lección inaugural pronunciada por Diego Gracia (22), en el comienzo del curso 2007-2008, en la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense en Madrid. Y veo que el profesor, ya a punto de jubilarse, vuelve sobre la conferencia de Ortega, que comenta e ilumina a la luz de las realidades actuales. Siguiendo el pensamiento de Ortega, nos habla de la Universidad como cuna de profesionales, y de los profesores que tienen por función preparar esos profesionales que la sociedad necesita. Y nos invita a preguntarnos, cada vez que entramos en el aula, qué es lo que estamos haciendo allí, y qué esperamos de nuestra actuación. Nos habla también de la técnica y de la cultura -el proceso que el trabajo del hombre utiliza para humanizar la técnica-. De los valores instrumentales -propios de la técnica- y de los valores intrínsecos, que dan sentido a la técnica. Y se pregunta si es posible formar un profesional solo con la dimensión técnica, sin atender a los valores. La respuesta, obvia, es negativa. ¿Cómo es posible -afirma Gracia-, que las instituciones y la Universidad, no atiendan esta demanda de formar profesionales versados en la técnica y con los valores que ésta implica? Quizá, concluye, porque lo que tendríamos que enseñar en las aulas universitarias sería la prudencia, que es el camino de la ética, de incorporar los valores que toda actuación

profesional implica. Algo que en el buen hacer médico es, con claridad, imprescindible. Como digo, son variaciones sobre el mismo tema que Ortega levantó hace casi un siglo. Variaciones que requieren respuestas actuales.

Para finalizar, nuevamente Marañón nos trae sus consideraciones sobre lo que debe ser un buen maestro: *“La verdadera misión del maestro, mucho más que enseñar, mucho más que enseñar cosas, es diagnosticar, buscar la vocación en sus discípulos; exaltar la de aquellos que la poseen; eliminar a tiempo de la disciplina a los que carezcan de ella; y, sobre todo, en aquellos que han sido guiados por un destello, quizá falso, de vocación, crear ésta, recrearla con perseverancia, haciendo grata, con buena voluntad, la convivencia con el destino mal elegido; hasta que surja, que puede surgir, el amor tardío y verdadero”* (4).

Y también sobre ese humanismo que lejos nos ha llevado en esta trayectoria del brazo de los pensadores. Un humanismo sencillo, asequible, que camina junto con nuestra vida: *“El mejor humanismo se ha aprendido siempre, no en las bibliotecas, sino errando siempre por los caminos ásperos del mundo. No la del simple saber cosas pretéritas para almacenarlas en fichas, que es fría erudición, sino la de sentir lo que nos rodea con un criterio de eternidad, con la seguridad de que todo el progreso se apoya en postulados de comprensión, de generosidad, de tolerancia, que son y serán siempre los mismos: y esto es humanismo (...) Se puede ser humanista con briznas de cultura antigua, casi sin conocerla, con tal de que los poros del alma sean permeables a aquellos sentimientos -comprensión, generosidad, tolerancia-, que caracterizan en todo tiempo a los hombres impulsores de la civilización. Porque ésta nunca se ha basado en cosas radicalmente inventadas, sino en cosas nacidas del pasado, del pasado fecundo, no muerto”* (4).

La competencia que buscamos en la formación de los futuros médicos implica Humanismo. Sin Humanismo no hay competencia posible. La formación de médicos humanistas va mucho más allá de dar un barniz humanitario al futuro médico, sino de instalar un proceso de reflexión que le permita, de manera permanente, reevaluar su

opción vocacional, su respuesta como persona y como profesional. Un elemento imprescindible que se inserta en el alma del profesional y se convierte en la vida de su vida (23).

BIBLIOGRAFÍA

1. Marañón G. Los deberes olvidados. En: Obras Completas. Tomo III (Conferencias). Madrid: Espasa Calpe; 1972.
2. Ortega y Gasset J. Meditación del pueblo joven y otros ensayos sobre América. Revista de Occidente. Madrid: Alianza Editorial; 1981.
3. de Unamuno M. Diario íntimo. Madrid: Alianza Editorial; 1979.
4. Marañón G. Vocación y ética. Buenos Aires: Espasa Calpe Argentina; 1946.
5. Ortega y Gasset J. Notas de andar y ver. Revista de Occidente. Madrid: Alianza Editorial; 1988.
6. Ortega y Gasset J. Ensayos sobre la generación del 98. Revista de Occidente. Madrid: Alianza Editorial; 1989.
7. Marañón G. Discurso en el Acto en Memoria del Catedrático D. José Ortega en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. 1955. (ver referencia 28).
8. Ortega y Gasset J. La Rebelión de las Masas. Revista de Occidente. Madrid; 1994.
9. Marañón G. La medicina y nuestro tiempo. Madrid: Espasa Calpe; 1954.
10. Ortega y Gasset J. Estudios sobre el Amor. Revista de Occidente. Madrid; 1996. p. 62.
11. González Blasco P. A ordem dos fatores altera o produto. Reflexões sobre educação médica e cuidados paliativos. Educ Med. 2018;19(2):104-114. <https://doi.org/10.1016/j.edumed.2016.07.010>
12. Frankl VE. La psicoterapia al alcance de todos. Friburgo: Herder Editorial; 1980.
13. de Unamuno M. Vida de Don Quijote y Sancho. Alianza Editorial; 2000. p. 320.

14. de Unamuno M. Del sentimiento trágico de la vida. Madrid: Alianza Editorial; 1986.
15. Marañón G. Obras Completas. Madrid: Espasa Calpe; 1966-1977.
16. Marañón G. Prólogo a mis prólogos. En: Obras Completas. Tomo I (Prólogos). Madrid: Espasa Calpe; 1966.
17. Marañón G. Notas sobre Huarte. En: Obras Completas. Tomo III (Conferencias). Madrid: Espasa Calpe; 1972.
18. Ortega y Gasset J. Para la cultura del amor. Madrid: Ediciones El Arquero; 1988.
19. de Unamuno M. El secreto de la vida. En: Obras Selectas. Madrid: Ed. Plenitud; 1956.
20. Ortega y Gasset J. Meditaciones del Quijote. Revista de Occidente. Madrid: Alianza Editorial; 1981.
21. Ortega y Gasset J. Misión de la Universidad. Revista de Occidente. Madrid: Alianza Editorial; 1997.
22. Gracia Guillen D. Nueva Misión de la Universidad. Conferencia Inaugural Curso 2007-2008 de la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid. Madrid. 2007.
23. Levites MR, González Blasco P. Competencia y Humanismo: La Medicina Familiar en Busca de la Excelencia. Archivos de Medicina Familiar y General. 2009;6(2):2-9.
24. Marañón G. Amiel. Un estudio sobre la timidez. Buenos Aires: Espasa Calpe, Colección Austral; 1944.
25. González Blasco P. Gregorio Marañón: Amiel. Un estudio sobre la timidez [Internet]. Educar no Humanismo. 2023. Disponible en: <https://pablogonzalezblasco.com.br/es/2023/09/21/gregorio-maranon-amiel-un-estudio-sobre-la-timidez/>
26. González Blasco P. Miguel de Unamuno: Vida de D. Quijote y Sancho [Internet]. Educar no Humanismo. 2023. Disponible en:

<https://pablogonzalezblasco.com.br/es/2023/11/23/miguel-de-unamuno-vida-de-d-quijote-y-sancho/>

27. González Blasco P. José Ortega y Gasset: Estudios sobre el amor [Internet]. Educar no Humanismo. 2023. Disponible en: <https://pablogonzalezblasco.com.br/es/2023/11/21/jose-ortega-y-gasset-estudios-sobre-el-amor/>
28. López Vega A. Epistolario Inédito: Marañón, Ortega, Unamuno. Madrid: Espasa Calpe; 2008. p. 211-212.
29. González Blasco P. Antonio López Vega: “Epistolario Inédito. Marañón, Ortega, Unamuno” [Internet]. Educar no Humanismo. 2023. Disponible en: <https://pablogonzalezblasco.com.br/es/2009/08/21/espanol-antonio-lopez-vega-epistolario-inedito-maranon-ortega-unamuno-espasa-calpe-madrid-2008-308-pgs/>
30. López Vega A. Gregorio Marañón. Radiografía de un Liberal. Madrid: Taurus; 2011.

Pablo González Blasco.

Médico de Familia. Doctor en Medicina. Director Científico de SOBRAMFA - Educación Médica y Humanismo. ¹

Cómo citar este artículo:

González Blasco P. La contribución de los humanistas en la formación médica: Marañón, Ortega y Unamuno (Parte II). *Folia Humanística* 2024; 1 (4): 26-58. Doi: <http://doi.org/10.30860/0108>.

© 2024 Todos los derechos reservados a la *Revista Folia Humanística* de la Fundación Letamendi Forns. This is an open access article.

¹TRAYECTORIA PERSONAL

No puedo, ni debo evitarlo. Intentar reflexionar sobre la contribución de algunos humanistas españoles en la formación del médico, pasa por mi propia trayectoria, en *pulsar vital* me atrevo a escribir, parafraseando a Ortega. Ya antes de entrar en la facultad de medicina -hace casi medio siglo- me aventuré con la lectura de la biografía del Conde Duque de Olivares, escrita por Marañón. Un buen amigo me advirtió que, si quería ser médico, me vendría bien leer otra biografía escrita por el médico humanista Amiel (24). Y así lo hice (25).

En la época del colegio, acabando el bachillerato, un profesor de Literatura -de estos que te marcan para el resto de la vida- nos habló de Unamuno, y de su libro: *Vida de D. Quijote y Sancho* (13). Me lo apunté, y lo leí años después, mientras estaba en la facultad. Un golpe hondo, que perdura hasta hoy (26).

Después, terminada la facultad, le llegó la vez a Ortega, con quien me aventuré en su obra magna (8), y me sedujo en sus estudios sobre el amor (27). Y mucho debo haber hablado del filósofo español, porque me consta que algunos de mis pacientes -que, aun viviendo en Brasil, tenían acceso a librerías especiales, donde importaban libros- acabaron regalándome casi toda la obra completa. Y no paré más.

Y, por aquello de que los médicos teníamos -quizá en otros tiempos- fama de intelectuales, hubo quien se aventuró a regalarme las Obras Completas de Marañón (15) que, junto con las de Ortega, engalanan mi despacho, y me ayudan a cuidar de mis enfermos.

Ya habían pasado muchos años, cuando cayó en mis manos una referencia que, después de tanta lectura y trayectoria andada, se me presentó con un sentido único: Un epistolario inédito entre los tres humanistas (28). Me hice con él, lo comenté rápidamente en mi blog (29), y en la primera oportunidad que tuve de pasar por Madrid, fui a ver al autor. Un joven profesor Universitario de Historia, que después fue director de la FOM- Fundación Ortega-Marañón. Y, al parecer, uno de los biógrafos principales de Marañón, como muestra su magnífica obra (30).

Ahora sí, visitada la trayectoria personal, me siento más a gusto y justificado para hilvanar los pensamientos en los renglones que preceden.